

## **¿Sobra el dinero o faltan las agallas y la imaginación?**

**Alfredo Acle Tomasini©**

La racionalidad más elemental indica que para resolver un problema debe empezarse por las soluciones más sencillas, menos costosas y cuyo impacto positivo sea tangible en el menor lapso posible. Agotadas éstas, entonces habrá que recurrir a opciones más complejas que normalmente representan la necesidad de erogar mayores recursos y cuya ejecución requiere meses, quizás años, lo cual alarga el tiempo de espera para que sus beneficios puedan sentirse de una manera palpable.

Pero la comprensión de este proceso tan lógico como obvio ha resultado difícil para quienes han gobernado el Distrito Federal. Parecería una carencia genética que los imposibilita a considerar aquello que sea simple y menos costoso. Por el contrario, su mente rápidamente elabora proyectos geniales que requieren de mucho cemento, varilla, vidrio, pintura y alumbrado, para que se alcen a muchos metros del piso cual monumentos que nos recuerden cada día al prócer sexenal.

El problema de tráfico de la ciudad de México ocupa un lugar destacado en la agenda de los capitalinos, porque tiene una incidencia directa en su calidad de vida y en su bolsillo. Horas que podrían servir para la formación, el trabajo, el entretenimiento o el descanso, se nos escapan miserablemente entre las manos atascados en un cruceo o en una vía "rápida", al mismo tiempo que envenenamos el aire que respiramos quemando gasolina que en otras circunstancias pudimos haber ahorrado, en tanto nuestro ánimo se transforma a la par de los obstáculos que encontramos, con lo cual cada uno alimentamos un estado de agresividad colectiva que se resume a luchar a brazo partido para no dejar que nadie se nos ponga enfrente, incluyendo a los peatones, desde luego.

El problema del tráfico se resume a que hemos aceptado que cada día haya más vehículos para que circulen y se estacionen en un espacio que crece marginalmente. Asimismo, a éste lo queremos usar para todo y no estamos dispuestos a abstenernos de nada: vía de circulación, estacionamiento gratuito y en el número de filas que se nos dé la gana, rampa de entrega y recepción de mercancías y valores, talleres, comercios móviles.

Está comprobado que para la solución a los problemas ambientales -y la congestión vehicular es en sí misma una de ellos y causante de otros más- es mucho más efectivo aplicar mecanismos de mercado que recurrir a leyes y sanciones. No sólo porque esto último le resulta más costoso a la sociedad, sino porque es menos eficiente y siempre deja abierta la puerta a la corrupción, lo que en esencia significa una vía para que prevalezca el interés privado sobre el bien común.

A nadie escapa que la anarquía que prevalece en el control de los miles de camiones de reparto es una de las principales causas que entorpecen el tránsito de vehículos y, por ende, un factor que impacta de manera negativa la calidad del aire. Y sin importar que muchos de ellos pertenezcan a empresas que nos machacan hasta las lágrimas que son socialmente responsables, se estacionan donde y por el tiempo que se les da la gana. Al fin que una

multa por estacionamiento en doble fila -si se las aplican- es una fracción mínima de la mercancía que transportan.

Con la finalidad de ponerle un precio a la congestión vehicular para racionalizar el uso de un espacio de circulación limitado, podría plantearse que hubiera placas para repartir de noche -de las diez PM a las seis AM-, y otras que habrían de ser sustancialmente más caras, por ejemplo 25 mil anuales, que servirían para hacerlo durante el resto del día. Desde luego, que esto no se aplicaría al reparto a domicilios particulares: leche, gas, etcétera.

Esta medida, lejos de ser gravosa, significaría ahorros importantes a las empresas, puesto que al circular más rápido, reducirían sus flotas y sus costos operativos. No obstante convendría plantear un sistema de multas que no sólo incluyera a la unidad de reparto estacionada en doble fila sino a la empresa propietaria, lo cual podría además tener un carácter acumulativo, donde el monto de la sanción creciera más que proporcionalmente al número de multas acumuladas por sus unidades de reparto.

La única forma de meter más vehículos en un espacio limitado es racionalizando el uso de éste. Resulta absurdo que sigamos invirtiendo recursos cuantiosos y escasos en obras cuyo impacto es tan breve como dudoso, mientras que no acometemos soluciones más sencillas y racionales. ¿Será que sobra el dinero y lo que faltan son agallas e imaginación?